



¿TE GUSTA
EL LÁTEX,
CIELO?

Nadia Villafuerte



NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



FILOLÓGICAS



CENTRO PENINSULAR EN HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES



Centro de Investigaciones sobre
América Latina y el Caribe

¿TE GUSTA EL LÁTEX, CIELO?

NADIA VILLAFUERTE

José Miguel Barajas García
Presentación

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN

Novelas en la Frontera



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

Nadia Villafuerte. *¿Te gusta el látex, cielo?*
Primera edición digital: 12 de octubre de 2023
D. R. © 2023 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades, piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

ISBN Obra Completa: 978-607-30-6956-4
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

Presentación. <i>¿Te gusta el látex, cielo?</i> , una novela corta de Nadia Villafuerte <i>José Miguel Barajas García</i>	7
<i>¿Te gusta el látex, cielo?</i>	23
Noticia del texto	85
Nadia Villafuerte. Trazo biográfico	87

PRESENTACIÓN

¿Te gusta el látex, cielo?,
una novela corta de Nadia Villafuerte

José Miguel Barajas García
Universidad Veracruzana

I

Nacida en Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, en 1978, Nadia Villafuerte es una narradora mexicana contemporánea que ha creado un variado e interesante conjunto de obras literarias. Cuenta con estudios musicales y de comunicación. En el campo de la literatura se ha formado en la SOGEM, el programa de Jóvenes Creadores del FONCA (2003-2004) y en la Fundación para las Letras Mexicanas durante una estancia de dos años (2006-2008). Asimismo, estudió un máster en Escritura Creativa en la Universidad de Nueva York, donde también cursó estudios doctorales en el Departamento de Español y Portugués.

Publicó, en 2002, el volumen de relatos *Preludio*. Desde entonces han aparecido, también de relatos, sus libros *Barcos en Houston* (2005), *Presidente, por favor* (2005), *¿Te*

gusta el látex, cielo? (2008) y la novela *Por el lado salvaje* (2011). Igualmente, su narrativa ha formado parte de obras colectivas como *Seres de la noche* (2006), *Porque algún día faltarán cuentos: antología (otra) del cuento joven en Chiapas* (2007), *Muestra de literatura joven de México* (2008), *Breve colección de relato porno* (2011), *Sólo cuento IV: antología de cuentos en lengua española* (2012), *Imagen/Destinos: muestra de literatura joven de México* (2013), *Road to Ciudad Juárez: crónicas y relatos de frontera* (2014), *Palabras mayores: nueva narrativa mexicana* (2015), *El discreto encanto de narrar: 9 escritoras nacidas en los 70* (2017), *Los pelos en la mano: cuentos de la realidad actual* (2017), *La novela en Chiapas* (2018), entre otros libros. Además, es autora de varios artículos en publicaciones periódicas.

II

De las temáticas que sirven como punto de partida para los tratamientos literarios de la obra de Nadia Villafuerte son constantes las que se desprenden de aquellas historias que ocurren en la frontera sur de México, o bien, recurren a ella. Así, en sus narraciones, sus personajes se desenvuelven en contextos de migración forzada por la necesidad económica, en situaciones de violencia social e intrafamiliar, de marginación y explotación; pero también se desarrollan desde ciertos malestares dentro de sí. Del

territorio físico asistimos entonces como lectores a representaciones de los espacios del cuerpo y a los intrincados caminos de las emociones. De este conjunto resultan conflictos específicos que generalmente han sido expresados bajo la forma de relatos.

En una entrevista videograbada a propósito del libro *¿Te gusta el látex, cielo?*, Nadia Villafuerte da testimonio de quienes de algún modo han influido en su escritura: Rulfo, Carver, Chejov, Bolaño, Alice Munro, Elena Garro, Clarice Lispector. Sobre sí misma, la narradora se considera una escritora visual para quien la ficción es “una forma de *hollar la realidad*, de abrirla boquetes y descubrirla como un palimpsesto”. A la pregunta de por qué el cuento, responde que “quizás por su brevedad se parece mucho a esa poética del instante que uno querría encontrar de pronto ahí, en una realidad que transcurre muy tediosa y monótona... El cuento permite abrirla de un solo golpe, como si uno se asomara por un instante y luego tuviera la posibilidad de irse otra vez”. Esta afirmación en particular resulta interesante en la medida en que permite un acercamiento genérico, además de temático, a las diez historias del libro, de las que se distingue ya no tanto como un cuento, sino como una novela corta *¿Te gusta el látex, cielo?*

En una reseña del volumen publicada en 2009, Geney Beltrán Félix ya advertía que esa décima historia era una

excepción y la llamó *nouvelle* “que a manera de caleidoscopio, en su mayor extensión y velocidad, corrobora las dotes múltiples de una voz que al exponer la carne contradictoria de sus personajes define una idea de la escritura: el lenguaje vuelto exploración de la vida, es decir, posibilitado para el ejercicio de un permanente impulso: explorar los hechos, sugerir una lectura de las personas, sus deseos y miedos”. Desde esta perspectiva, “el caleidoscopio” o “palimpsesto” que ofrece *¿Te gusta el látex, cielo?* es un instante distinto al del cuento. Es más bien un golpe recursivo y recurrente como el de una ola que, en cada ir y venir, trae noticias nuevas a la superficie de la piedra que la resiste en la orilla: no es fulminante, pero la transforma.

Intentaré valerme de otros medios para hablar de *¿Te gusta el látex, cielo?* como una novela corta.

III

El argumento de *¿Te gusta el látex, cielo?* se puede resumir en el asesinato y la fuga que llevan a cabo Helena, inmigrante hondureña y Glenda, travesti dueña del bar Bombay. El hombre que matan, Julio Nazar, es un político que cuenta con ciertos enemigos en su entorno inmediato. De esta manera, la corrupción, la migración forzada, la explotación sexual y la violencia física y mental son

el escenario en el que se desarrolla esta historia. Ahora bien, si de por sí los asuntos que representa son complejos, el tratamiento literario que de estos temas realiza Nadia Villafuerte en esta narración es muy atractivo por su ejecución, pero también por las discusiones genéricas que puede suscitar. Desde esta perspectiva, intentaré un breve acercamiento descriptivo a esta narración vista como una novela corta y no como un relato extenso o cuento largo.

Hay consenso en admitir que existen múltiples acercamientos teóricos e históricos para ensayar una descripción —que no una definición— de las características de la novela corta. De entre esta diversidad quiero recuperar las reflexiones de Ricardo Piglia, expuestas en su conferencia “Secreto y narración. Tesis sobre la *nouvelle*”, publicada en el libro *El arquero inmóvil. Nuevas poéticas sobre el cuento* (2006). En algún punto, Piglia afirma lo siguiente:

Otra cuestión importante es la función narrativa que tiene el secreto, ese nudo que une personajes distintos y tramas que coexisten en un mismo texto sin que se explique esa conexión. Es decir, el secreto sería un lugar vacío que permite unir tramas narrativas diversas y personajes distintos que conviven en un espacio atados por ese nudo que no se explica. Porque si se explica, hay que escribir una novela. [...] Es decir, que el secreto funciona como un mecanismo

de construcción de la trama porque permite unir sobre un punto ciego una red de pequeñas historias que se articulan, de una manera inexplicable, pero se articulan. De ahí esa sensación de ambigüedad, de indecisión, de las múltiples significaciones que tiene una historia, porque inmediatamente nosotros empezamos a incorporar razones para hacer circular esa historia con un orden que, en realidad, el relato mismo ni nos desvela ni nos descubre. Este sería el primer punto a partir del cual yo empezaría a entender el funcionamiento de la *nouvelle* como forma: recurre al secreto para poder concentrar historias múltiples, es un cuento contado muchas veces. La *nouvelle*, entonces, como hiper-cuento, especie de versión condensada de cuentos múltiples que se van anudando en una historia que, sin embargo, no se disgrega porque se anuda en un punto oscuro (200-201).

Como novela corta, según lo descrito por Piglia, *¿Te gusta el látex, cielo?* puede dar la sensación de ser una suerte de “cuento contado muchas veces” que gira sobre un “punto ciego” y que articula así esa “red de pequeñas historias”. La división en dieciocho partes, por lo tanto, juega un papel crucial en el entramado de la narración. El primer apartado expone de manera tensa a los personajes principales en una situación muy próxima del acto que pone en marcha algunas de sus líneas de acción. Lo advertimos desde el comienzo:

—¡Me humilló! Ese cabrón al menos se va a acordar de mí antes de que me chingue, si de todos modos me deporta, al menos va a quedarse con una cicatrizota como la que me hizo... ¡Lo voy a madrear, lo voy a hacer yo, me vas a ayudar, cómo diablos no, una navaja y voy a ensartársela en la cara...!

Aquella declaración en el teléfono lo empezó todo. Quizá Glenda misma lo habría comenzado, cuando vio a Elena por primera vez en La Ceiba.

Este pasaje con que inicia la narración puede ser de gran utilidad para quien lee, en la medida en que da muestra de varios aspectos de la configuración poética de esta historia. Quien habla, de entrada, es Helena en una llamada telefónica con Glenda; pero ese instante está inscrito en el recuerdo que está relacionado con el sueño y remembranza que tiene Glenda ya en otro momento, según lo deja ver la voz narrativa hacia el final de esta primera parte:

Glenda sueña: pero sus sueños son un recordatorio. Están ella y Helena en la playa, cuando un zumbido de moscas las conduce a un montículo. Entonces Helena comienza a excavar la arena hasta dar con el cuerpo de Julio Nazar. “Te lo dije —reclama una a la otra—, te dije que un cadáver jamás se entierra boca arriba”.

Así, en ese primer pasaje el lector ya tiene un perfil general de los protagonistas, de su contexto y del acto en común que ha reunido sus historias. A partir de ahí, el tiempo que ya ha sido fragmentado, se mueve en diferentes instancias que giran alrededor de ese acto (no su secreto). De esta forma, la segunda parte inicia con el nombre de otro personaje también crucial en la narración: Antero Rojas. A diferencia del primer trecho, aquí se empieza con la tercera persona y en el interior se intercalan algunos diálogos que tiene Rojas, primero con el gobernador, después con Helena. Hacia la tercera parte, Helena toma la palabra inicial y hacia el cierre de ese apartado el narrador vuelve a focalizarse en Glenda, desde la tercera persona. Este fluctuar de las voces y puntos de vista es constante en toda la narración. El lector advertirá entonces que cumple una función estética y narrativa. A la manera de la orquestación de Maurice Ravel en su *Bolero*, en cada apartado se incorporan otros personajes con sus motivaciones y conflictos propios, para al final, en conjunto, ofrecer un volumen de voces en conflicto. Así, oímos primero a Helena, luego vemos a Glenda y sabemos de Julio Nazar. Después sabemos de Antero Rojas y más adelante de Estrella, la viuda de Julio Nazar. Una buena parte de la narración gira alrededor de estos personajes hasta que las acciones cambian de escenario: primero el Distrito Federal, después Mazatlán y

luego Tijuana. Con los nuevos escenarios vienen también nuevos personajes según las circunstancias lo ameritan. Todo esto, sin perder de vista —o de oído— que el recuerdo de Glenda, Glen o Genaro Arriaga es de suma importancia para el marco de la narración. Retomo a Pi-glia para complementar esta afirmación y su relevancia para la novela corta:

Me gusta la idea de que, en realidad, la *nouvelle* es una forma posterior al cuento y anterior a la novela, que es algo que aparece en todos los manuales de literatura, es decir, que es un paso de la oralidad a la lectura, de escuchar un relato a poder leerlo, porque supone una distancia que ya no es la distancia del narrador oral; la *nouvelle* escapa ya a ese registro, aparece ligada a la invención de la imprenta, necesita al lector que pueda releer, ¿no es cierto? Entonces, en una eventual historia de las formas narrativas, habría que poner a la *nouvelle* como un género incierto, de articulación entre los campos bien distintos del cuento y la novela.

También en esta dirección apunta el hecho de que la *nouvelle* mantiene el marco, lo que llamamos el marco en el sentido clásico del relato oral: alguien está en un bar, viene otra persona y le cuenta una historia. El marco es el momento en el que esa historia circula. En la *nouvelle*, el marco existe pero se ha internalizado, está dentro de la historia, no es, digamos, aquello que está antes de que el

relato propiamente dicho empiece, sino que está incorporado como un elemento interno a la historia.

[...] En la *nouvelle*, es el lector quien tiene que narrar.

[...] Retomando la diferencia entre el cuento y la *nouvelle*, digamos que esa diferencia tendría que ver con el lugar del final, porque el final, en el caso de la *nouvelle*, no coincide, como en el cuento, con el final mismo de la historia, sino que está puesto en otro lado (201-204).

La circunstancia desde la que Glenda recuerda y en ocasiones sueña está incorporada como un elemento interno de la historia. El lector, por otra parte, en cada relectura que haga de *¿Te gusta el látex, cielo?* puede advertir ciertos matices e indicios que quizás en un primer acercamiento le pasaron desapercibidos. Sobre del final de la historia, ¿cuál es y dónde está en todo lo narrado? El asunto pareciera estar expuesto también por boca de Glenda, hacia el fin del apartado catorce, cuando dice: “Las cosas no son nunca lo que parecen. No se cuenta la historia desde el principio, sino desde el final, ¿no?”. Ha de notar quien lee que esta afirmación se encuentra a cuatro partes de concluir todo lo narrado; sin embargo, está poniendo, en cierto modo, en tela de juicio que la historia tenga una conclusión cuando la narración haya finalizado.

Otro aspecto fundamental son los dos estribillos que aparecen en momentos cruciales de la narración: “No te

conozco, no me conoces a mí / sorpresas hay por vivir...” y “La reina de la noche / la diosa del vudú / yo no podré salvarme / ¿podrás salvarte tú?”. Con dejos de reminiscencias trágicas, esos refranes de canciones de la época, que los personajes llegan a escuchar, es como si también les anunciaran parte de lo que está por venir o de lo que está sucediendo.

No es lugar aquí para recuperar la anécdota. Por lo demás, tampoco estriba el interés de lo narrado necesariamente en la sorpresa o el efecto que produzca alguna información que se haya mantenido velada. La trama, más bien, a la manera de esa novela corta que describe Piglia, es como si pasara por diferentes puntos de vista, dando como resultado una narración en caleidoscopio, según lo advirtió Geney Beltrán Félix y que coincide con ciertas características propias de la novela corta. Desde esta perspectiva, ese instante de la realidad que abre el cuento, que la saca de su monotonía y que la muestra como un palimpsesto, según lo entiende Nadia Villafuerte, en *¿Te gusta el látex, cielo?* es como si diera varias vueltas, desde diferentes aristas, alrededor de ese punto ciego que abrió un acto específico y que lo torna más complejo. Sin embargo, en la memoria y los límites de la comprensión que tienen los personajes no hay una resolución última ni concluyente. Como lectores, completamos un conjunto que es ajeno al conocimiento que tie-

nen los personajes; pero ese conjunto tampoco es pleno. De ahí que también se corra el riesgo de girar en torno a él y sus vacíos de información.

IV

Más allá de los temas y la trama de *¿Te gusta el látex cielo?*, el lector de esta novela corta también advierte de inicio a fin un cuidado en el uso del lenguaje. Esto no quiere decir que haya una expresión correcta según el imperio de la norma, sino que hay una expresión literaria que fluye y da potencia a las imágenes y a las caracterizaciones de los personajes en su interactuar. Recupero un pasaje a manera de ejemplo:

—Te pondré como jurado, Glenda. ¿Te sigue gustando el látex? Vas a probarlo ahora. ¡Mmm, ese olor! ¡La sensación de estar aprisionada!

Glenda sacó su *stick* de maquillaje. Mientras pasaba el escándalo no podían seguir con caras largas. Aquella noche Glen volvió a transformarse en Glenda.

A Helena le gustaba Glen, facciones finas pero viriles: lo sabía cuando se acostaban juntos. Pero Glenda era la atractiva mujer de cuarenta, ahora con peluca rojiza, brillo en el cuello, tacones encaramados y ajustadores con goma que levantaban tetas y un culo que podía hacer dudar

a cualquiera. Lo demás lo hacía su voz, provocadora y ambigua.

La armonía de las palabras, su eufonía, también está en consonancia con lo que dicen y el contexto en que lo dicen: “látex”, “tetas”, “culo” son los términos que van aquí, en pleno carnaval de Mazatlán y con la sensación de haberse librado de un asunto grave. A lo largo de la narración, quien lee, percibe entonces ese ritmo y esa tesitura que, junto con la justa disposición de las acciones dotan a *¿Te gusta el látex, cielo?* de una presencia y una particularidad propias.

En suma, dentro de las propuestas narrativas de Nadia Villafuerte, el lector puede disfrutar ahora, en autonomía, de esta novela corta en el contexto de la colección *Novelas en la Frontera*. Así, por su tema, pero también por su tratamiento, *¿Te gusta el látex, cielo?* se pone al alcance de los lectores que quizá se aproximen a ella por primera vez. O bien, puede ser también el caso de aquellos que la conocieron en un volumen de relatos y que ahora regresen a ella desde una perspectiva distinta.

¿TE GUSTA EL LÁTEX,
CIELO?

Me humilló! Ese cabrón al menos se va a acordar de mí antes de que me chingue, si de todos modos me deporta, al menos va a quedarse con una cicatrizota como la que me hizo... ¡Lo voy a madrear, lo voy a hacer yo, me vas a ayudar, cómo diablos no, una navaja y voy a ensartársela en la cara...!

Aquella declaración en el teléfono lo empezó todo. Quizá Glenda misma lo habría comenzado, cuando vio a Elena por primera vez en La Ceiba. La siguió hasta verla entrar a una casa miserable. Fijó la vista en el anuncio de Coca-Cola pegado en la pared mientras escuchaba un trajinar propio de esas casuchas que ella conocía bien: finalmente, nada de lo que ahí veía podía sorprenderla porque acaso ese puerto, como los demás poblados centroamericanos, estaba tasado por la misma mierda: moho brotando en un largo canal de drenaje; chillidos de cerdos y alharaca de pollos, perros, lloriqueos de niños; alguna estación local de radio y quizá, por ahí, hasta un par de maricas

cogiendo en pleno mediodía. Tocó. Apareció una mujer de rostro caballuno, duro, exiliado de todo espíritu.

—¿Qué?

—Le ofrezco un trato.

—¿Qué quiere?

—Le compro toda la merca.

—¿Y con qué me quedo?

—Quiero ver a la chica —espetó Glenda, a quien le fue suficiente alzar la vista para medir el interior de la casa. Pudo percibir un vaho de albahaca, sal y el olor a tierra proveniente del patio trasero.

—A ver, ¿qué chica? ¿De qué habla?

—La que entró.

—¿Para qué la quiere?

—Me la voy a llevar. A la frontera.

—¿Quién es usted?

—Déjame pasar y hagamos trato.

La mujer abrió excitada por el morbo. Tenía la manta salpicada de sangre.

—¿De qué se trata?

—Tengo un buen restaurante en la ciudad, a unos kilómetros de la frontera, y necesito mujeres, muchachas como la chica, ¿es tu hija? Bueno, nada de líos, papeles en orden, trabajo seguro, sueldo, se queda conmigo, la preparo y cuando tú puedas ir a verla, la ves, cuando no, ella viene para acá a visitarte y te manda mensualmente dinero.

—Uy, sí, no me diga —silencio—. De veras, ¿qué diablos quiere?

Glenda sacó de la bolsa una cartera y de la cartera una foto en la que se veía un techo altísimo de palmas secas, el anuncio con letras itálicas y azules: Restaurante.

—Es mío. El más grande, y tengo otro más, pero necesito muchachas.

—¿Y allá no hay?

—Hoy me perdí, di con el malecón... Vi a tu chica. ¿Es tu hija? Me gusta. Piénsale, voy a pasar mañana, pero así como ves, aquí traigo el dinero. Un adelanto. Dos mil pesos.

—¿Cuánto?

—Dos, pero si me la das, mañana te doy otros cinco mil y te dejo la dirección para que la vayas a visitar. Porque, dime, ¿qué va a hacer aquí?

—Lo mismo.

—Mañana tu niña será una putita barata que a lo mucho va a llegar a los veinticinco años...

—Y allá, no... ¡Seguro! —dijo la mujer con tono irónico.

—No. Conmigo va a aprender y a lo mejor se larga después a otra parte, más lejos aún... Ya te digo, déjamela y verás. Seis mil mañana, ¿qué dices?

Elena, la chica, apareció. Tenía el rostro manchado de hollín, desprendía un sopor de sol. Le vio los pies llenos

de lodo y en la rodilla una cicatriz. En sus ojos, negros y febriles, halló ese centelleo fugaz que sólo pudo comparar con el del cerillo que se prende, se lanza al aire y se apaga mientras cae al abismo.

—Pasa por mí mañana —dijo la chica.

La madre, confundida, miró a su hija.

—Vengo a las diez.

Glenda salió sintiendo un ligero escozor en la verga calzada dentro de sus bragas.

A veces se duerme recordando el trayecto: los hombres colgados a una pesada reja, la guagua trazando una herida entre la muchedumbre, niños negros y desnudos observando con ojos desorbitados el lío permanente de la línea, una enramada bajo la cual decenas de mujeres huesudas dan vida a una feria fronteriza con puestos que no tienen casi nada que ofrecer. Y Elena ahí, dormida por el cansancio, con las rodillas costrosas y su perfil iluminado por la luz de las orillas. Sueña más con aquella Elena que con la otra, Helena con hache, como le puso cuando le tocó debutar en el bar Bombay. Es extraño porque en sus sueños no aparece el rostro de la chica, sino su cuerpo con aquella camiseta sin mangas cubriendo las tetitas apenas duras; Glenda ahí con una toalla húmeda limpiándole los pies sucios y llenos de hongos, besándose los uno a uno después, hasta que levanta la vista y ve cómo sus labios

se mueven y pronuncian algo así como “la vida es un tejido de ilusiones” o alguna frase de éstas que se decían cuando estaban en la cama. Otras veces, la imagen se reduce a aquella noche en el mar. Le perturba y le fascina aquel rumor de olas, los tumbos violentos.

Cuando fue por ella, la chica parecía estar lista desde hace tiempo para huir de ahí; de modo que se dedicó a mirarla y a seguir sus instrucciones. Quizá fuera en la primera noche que Elena se percató de la doble personalidad de su compradora, pero tal vez no le interesó preguntar: salía por fin, lo demás era lo de menos.

Aquella vez se hospedaron en un hotel antiguo, cenaron comida china y caminaron hasta llegar a un centro nocturno. Un espejo contenido por un grueso marco de madera tallada, escorado sobre la barra del bar, reflejaba la atmósfera de otro tiempo. En la mayoría de las mesas había putas: algunas sentadas en las piernas de un hombre, otras bailando en la pista o en la barra, con el culo dispuesto y aburridas como ostras.

Elena parecía no arrepentirse ni extrañar nada: sus recuerdos descansaban ya en un bote de basura.

En el tablado apareció una cantante. Presenciaron una pelea, ese pretexto nocturno para manchar de alcohol y sangre cualquier momento de los cabarets. Después, el baile se reanudó.

—Pero tú no te asustes, que mañana continuamos. Se dirigió a la barra, hasta perderse en los pasillos.

Elena, sola, bebió un trago. Minutos más tarde un soldado se acercó.

—¿Puedo? —preguntó innecesariamente, sentándose a su lado. Ella sintió su olor rancio, el sudor de sus manos cuando las puso en su muslo descubierto. Quiso levantarse, gritar, no pudo.

—No digas no, tan chiquita y tan putita, bien que eres una putita, no me digas que no sabes —dijo el hombre mientras los dedos levantaban el borde de la falda y se metían.

Entonces lo dejó hacer, sentía sus dedos mojados y la boca acercársele para decirle al oído “Putita infeliz, qué niña estás, muévete”.

Cuando Glenda regresó, vio a la chica y al soldado salir del baño.

—¿Estuvo bueno? ¿Cuánto le cobraste?

Elena se quedó muda.

—Nada en este mundo es gratis, ni la muerte —dijo enfática y advirtió—: te vuelves con el guacho ese y le dices que te pague.

Por primera vez desde que salieron de La Ceiba, Elena clavó como estilete la mirada y respondió:

—Cóbrale tú, para eso me trajiste.

Salió engañosamente enfurecida hacia la calle.

Ya en la habitación, Glenda espetó:

—Tè voy a decir algo: si quieres algo, tendrás que buscar el modo más fácil de conseguirlo, ¿entiendes?

Después de todo, la chica había comprendido y llevado a cabo la sentencia. La sueña: ¿dónde está ahora? Tendría quince cuando la trajo a México, y diecisiete cuando sucedió lo de Julio Nazar.

La hizo empezar en un restaurante suyo, primero de mesera. Después pasó al bar Bombay. La ponía a prueba. Una vez le tocó cubrir una fiesta: Cicerón, el cliente, se paseaba de una a otra mesa brindando por su boda civil con la hija de un militar. Horas después, en el cuarto de aquella casa, Helena sintió la fina seda del vestido de novia sobre sus muslos, el festín que el matrimonio se dio para sí mismo, con Helena como bocado. De aquel trabajo obtuvo de manos de Cicerón una caja sellada para Glenda; también la repulsión de aquel triste manoseo.

—Espero que me toque buena parte —dijo, con mirada iracunda. En seguida se desvistió y se metió a la tina.

—¡No es para tanto! —respondió la drag, quien abrió la caja y hundió sus dedos en el blando espesor de la cocaína, picada y lista.

“Tè vamos a agregar la hache”, expresó, emocionada. Apareció entonces Helena por el Bombay cuando cumplía die-

cisiete años, con su cuerpo convertido en una arrogante traza extranjera que, en el tablado, esbozaba capricho, altanería, una fuerte carga sexual. No era una belleza propiamente: su mala dentadura expuesta en la risa podía destruirlo todo, pero eso —lo sabía Glenda o sus clientes— se iba al caño cuando la chica se concentraba en lo que su boca sabía hacer mejor.

“Ser puta es como bailar”, le advirtieron: cuestión de agarrar ritmo. De inmediato la vistieron: túnica transparente, plataformas altísimas de charol que caminaban sobre el tablado.

“¿Te acuerdas, H? Ahí estabas por fin, bailando, hasta que llegó ese imbécil que lo jodió todo”... “Ya, ya, estoy harta de que me lo reproches”, respondía Helena.

Fue así como inició el trayecto: ser puta había consistido más en hacerse tramposa que en desnudarse. Se paseaba por los pasillos del Bombay como un ángel infeliz capaz de pegarse a cada rato, con resistol, las alas.

—Helena, Helena, ¡bah! Pinche mocosa sudaca —decían las otras putas, con hastío y envidia.

—¿Qué sabes tú de ella? Es marica, por eso no se coge a ninguna. Contigo está entusiasmada, eso ahora. Al rato te va a echar.

Pero no fue así.

—¿Por qué no me coges? ¿No te gustan las mujeres?

—No todas.

—¿Cómo le haces para que no se note la verga? ¿Te gustan más los hombres o las mujeres?

Sólo que ni Glen lo sabía. Sus enormes pestañas postizas, su sonrisa grotesca, flotaban en el marco del espejo. El deseo para él/ella, a veces, carecía de nombre. El deseo para Glenda era una piel joven, la de su dñler, la de Helena rotunda a sus diecisiete años. El deseo era el deseo por ocupar, sitiar cualquier cuerpo. Sin pensarlo, sin confirmar nada, desear a un hombre o a una mujer empezaba a darle lo mismo.

Fue Helena quien se acercó, fue Glenda quien dijo sí en medio de vestidos, lentejuelas y zapatos.

Glenda sueña: pero sus sueños son un recordatorio. Están ella y Helena en la playa, cuando un zumbido de moscas las conduce a un montículo. Entonces Helena comienza a excavar la arena hasta dar con el cuerpo de Julio Nazar. “Te lo dije —reclama una a la otra—, te dije que un cadáver jamás se entierra boca arriba”.

2

Antero Rojas leyó los artículos de los periódicos; tenía la impresión de recibir el mismo diario todas las mañanas: el mundo cedía lentamente, ahí estaban otra vez las sonrisas impecables de sus colegas, de Julio Nazar, su compadre. Se concentró en la página de clasificados:

Salvadoreña cariñosa. Búscame.

Sonó el teléfono. En la línea, el gobernador emitía categóricas opiniones.

—Tienes que ser discreto. Búscate una cortina, una tapadera, tenemos seis meses. Acuérdate: le gusta andar de putas, son su perdición.

Después de colgar, Rojas se quedó sumido en su silencio, excitado, sintiendo una punzada de ansiedad en el estómago.

Por supuesto que sabía que a Nazar le gustaba ir de putas. Lo que lo sorprendió fue lo otro: el cambio de táctica. Ese golpe de suerte inminente, al alcance de la mano. Él, Rojas, había perdido tres ocasiones las elecciones a la diputación. Julio Nazar lo trajo consigo, se convirtió en su brazo derecho. Además, eran compadres. Pero Nazar no encajaba en algunos círculos. *No a la corrupción, no al robo, no al influyentismo* eran sus lemas de batalla, ideas con las que muchos del partido no coincidían. De pronto, el cambio de táctica. No imaginaba que la encomienda se la dieran a él.

Un asesinato en plena campaña sonaba escandaloso, pólvora en plena iglesia. Sin Nazar como candidato, sería Antero Rojas quien lo supliría para el día de la elección.

Iba a hacerlo, por supuesto que iba a hacerlo. Nazar para abajo. Habrían de inventarle un lío de faldas. Rojas

quedaría como candidato. Lo demás ya estaba puesto a la carta. Llegaría por fin a la presidencia. Y, sin embargo, no era fácil. Un asesinato en plena campaña. Pólvora dispuesta en la sede del partido y, después, humo que evidenciaría la estrategia. Pensó en el juego: demasiado complicado, con aristas de más, una inmensa conjetura cuyo precio, definitivo, valía la pena.

Habló con Cicerón. Éste le recomendó que visitara el bar Bombay. Esa misma noche Rojas entró al putero cuya fama la daban las ilegales. Puso un billete en el triángulo blanco de la hondureña. Le habló al oído. Bebieron, pasaron al privado.

—Mi reina, ¿cómo te llamas? Helena, ¿sabes cuánto es mucho dinero? —carcajadas—. Yo tampoco.

Helena le vio los ojos sanguíneos, el hombre enrarecía el aire con su aliento a alcohol.

—Si esto sale bien, nos vamos para arriba y a donde tú quieras.

—¿Qué le picará a éste? —se preguntó ella, cuyo único deseo esa noche era llamar al díler, terminar pronto, dormir.

Antero Rojas tocó la espalda oscura de la mujer.

—Después de todo, mi reina, en cualquier parte buscamos la oportunidad de tirar al de arriba para poder comprar unos zapatos un poquito más caros. Tú lo debes saber igual que yo.

A Rojas se le hacía un plan costoso: invertir tiempo y ciertas confianzas. ¿Quién le decía que iba a resultar? ¿Por qué no hacerlo más sencillo: un par de sicarios a sueldo disparando a quemarropa, un aparente asalto, una muerte accidental?

Lo cierto es que, si caía una pieza, era fácil hallar evidencias cercanas. No podría arriesgarse a hacerlo con cualquier asesino. Le pareció ver en la chica un brillo maligno, como sucede con quienes están rodeados de un mundo de engaños persistentes. La mujer: el viento para aumentar el fuego, bocanadas de brisa para no dejar rastro. El dinero era capaz de tapar lo que fuera. Lo intuía: la vida estaba dispuesta a cambiar de sitio, siempre al filo de la navaja, la vida podía cambiar en un jalón de tequila.

3

—No me arrepiento de haberlo matado. Se lo merecía. No supo con quién se metió. Porque, mira, una viene con mala sangre y los demás se encargan de agiarte más y más y más. No tenía por qué, y conmigo se jodió...

Pero Glenda calló a Helena, e hizo una mueca de fastidio mientras la chica insistía en hablar del muerto.

—Nadie me había humillado tanto y si tú te arrepientes, yo no. Fíjate, enterradito y lleno de cangrejos está mejor que aquí. De todas maneras me iba a chingar.

—En qué lío me metiste...

Guardó silencio.

—¿Y si le hablo a Cicerón para que nos eche la mano?

—No, Glen, ya salimos, hay que esperar...

—Pero no hay forma de que ligen el asesinato con nosotras...

—¿Cómo diablos no? No está tu cartera... ¿Querías más? Metimos la pata en lo más fácil, un error... ¡Ya la encontraron, fueron al Bombay, a estas alturas ya nos están buscando!

—Como si muy eficientes en el ministerio.

—No los menosprecies.

—Van a cerrar el Bombay.

—¿Y qué?

—¡Como a ti no te costó!

—¿Costarte? ¡Les ha costado a las nalgas de las putas, a los alcohólicos!

—En qué lío me metiste, en qué mierdero lío me metí contigo —dijo Glen con su voz masculina, como un desvalido frente a Helena, cuyo temple, de algún modo, lo reconfortaba.

Necesitaba de ella, se había abandonado a su influjo, igual al perro corriendo tras los talones de su amo. Sin embargo, su cabeza era un enredo: no quería admitir que la chica después de todo había venido a confirmar una especie de ausencia. Era ridículo. Cuando Glenda aban-

donó su casa tenía dieciocho. No era Glenda, sino Genaro. Heredó el restaurante con la muerte de sus padres; después lo convirtió en bar. Una noche, seducido por el primo con quien tuvo su primera experiencia, Genaro se vistió de mujer. Le gustó. Alguna vez se enamoró de un delincuente. En eso se parecía aquel momento a éste: vivir en peligro siempre le pareció fascinante. Si alguien lo viera ahora, despojado de sus prendas femeninas, sentiría pena. Aunque no, seguramente sus padres, si vieran, serían los primeros reconfortados. Quizá le confundía no saber, no saber nada, dejarse llevar, como si fuese indistinto ser hombre o mujer, como si fuese sencillo llevar las dos partes atadas. Tal vez femenina fuera la actitud, la manera de ver las cosas; masculino el deseo como cuerda a punto de romperse ante cualquier cuerpo; y su espíritu dependiente se delatará con lo que había en el fondo, cuando bajo la máscara de la madrota, dispuesta a oler muchachas malas como si fueran carroña, estaba un ser vulnerable que se hacía pasar por duro, para no meter la pata y caer. Y justo en eso pensaba ahora, viendo que Helena se imponía con esa actitud agresiva que distingue a los implacables de los obedientes. Justo en eso pensaba cuando se veía ahí, huyendo de un crimen, arrepentida y temerosa, en silencio. De pronto, al ver a la chica, sentía vergüenza: “Esa mierda”, se dijo, mientras la miraba.

Tiró su botella de agua. Definitivamente, un sentimiento profundo le inspiraba esa mujer extranjera.

4

—¿Y no sospecha nada? ¿De nadie? No sería raro el secuestro, ni un crimen. Después de todo, su marido era, es, perdón, candidato a la presidencia...

Estrella, la mujer de Julio Nazar, negó con la cabeza.

—Ya mandamos a pedir a Teléfonos el registro, ahí tendrá que salir algún número que nos diga algo, las últimas llamadas —dijo el oficial y después se retiró.

Lo peor es que la desaparición de su marido no sólo había venido a acabar con él, sino con cualquier débil certeza: no estaba segura ya de nada, no podía meter las manos por Nazar. El oficial, por ejemplo, le había preguntado si su esposo no tenía una relación extramarital. “¡Caray, pero qué estúpido!”, pensó; si la tuviera, ella sería la menos indicada para saberlo. “¿Tendría otra mujer?”, se preguntó y quiso hacer escala en cualquier escena, en alguna conversación, una reacción específica... En el terreno de Nazar, todo aquello era parte del trabajo: secretarías o asistentes imbéciles que estaban ahí para cualquier cosa, putas con que entretenerse. Y sí, por supuesto, en el caso de su esposo, enemigos, sí los había: pero era un caso como el del cuarto cerrado en el que todos pue-

den ser culpables, siempre y cuando no se demuestre lo contrario.

Tocaron la puerta. Era Silvia, su hermana.

—Te ves cansadísima... Yo insisto: ten fe en Nuestro Señor Jehová. Porque no eres creyente, a veces pasan estas cosas para que una se acerque a Él.

Estrella se desplomó en el sofá y se frotó la cara.

—No me vengas con idioteces.

Odiaba también eso: parecía que la violencia en la ciudad aumentaba, junto con las iglesias bautistas y nazarenas.

—¿Estás segura de que no se enojaron por algo que tú ni siquiera advertiste? No sé, algún malentendido... Se fue de borracho. Se fue de comisión y tú ni lo recuerdas. ¿Ya hablaste con el secretario del partido? ¿Sus compañeros? ¿El tal Rojas?

—No, no, no. Estuvo ayer hasta las siete en la casa de campaña.

—¿Sabía algo? ¿Estaba metido en algún asunto delicado que lo pudiera implicar? Caray, si mi cuñado es intachable. ¿Otra mujer?

—Bueno, con todo el carajo, todo mundo me dice eso, y me hacen sentir como una verdadera estúpida. No. No lo sé.

—¡Rojas!

—¿Qué?

—¿No lo querrán tirar?

—Claro que no. No lo sé...

—No, no nos adelantemos, a lo mejor se fue de borracho y mañana está acá.

Para Estrella, pensar en eso la ponía de mal genio. Muchas veces se iba de putas, ella lo sabía, pero siempre llegaba a las tres, cuatro, caray, siempre llegaba. Si hubiese querido quedarse era muy fácil pretextar cualquier viaje o reunión extraoficial para hacerlo, pero esa ocasión no había sucedido. Punto. Sabía que era infiel, pero sabía también que le tenía, a ella, algo de temor, quizá porque no había podido darle hijos desde hacía cinco años. ¿Y si lo habían matado?

El timbre telefónico las sobresaltó.

Estrella hizo una mueca ambigua.

—¿Lo encontraron?

—Hallaron el coche, en quién sabe qué kilómetro de la carretera que va a la costa. Hay condones, botellas de cerveza.

A mediodía, Estrella estuvo en el ministerio reconociendo los datos sobre el coche y la lista telefónica de los tres meses recientes, revisando uno por uno el directorio.

Lo mismo sucedía con el registro que entregaba el servicio de telefonía celular, el cual ponía en evidencia la facilidad con la que se evadían los datos.

—Este número. Su marido marcó varias veces a este número. Pertenece a una tal Ruth Anzures. Pero quizá sea un nombre falso.

5

Glenda la sueña. Entre el montón de vomitonas esparcidas por el azulejo.

Dormida sobre la barra del bar.

Refregándose sobre las piernas de los guachos.

Bebiendo un brandy Presidente, derecho, puro.

Limpiándose el trasero con un periódico y diciendo después: “No sé leer, no sé qué dicen los pinches periódicos, pero si estoy jodida yo, está jodido el mundo”.

Advirtiendo a las demás putas: “No sean hipócritas, brincos dieran por tener un cúter y ensartárselo a sus madrecitas, no vengan con que las extrañan...”.

Obsesionada con su muerte: “A lo mucho voy a llegar a los veintiséis, pero no me importa”.

Dispuesta a aceptar todo lo que cayera en el Bombay: “Es que sale cada tipo que cree que una puede aceptar lo que sea por dinero... Lo peor es que es cierto”.

Desparrajada: “¿Qué me ven, pinches yonquis? ¡Váyanse todos al infierno!”. Acto seguido, Helena se iba tambaleando, echada a perder como el trago en su estómago.

Alcohólica: ella era como el brandy que le caía en la comisura de los labios.

Atea: María, estás llena de gracia, pero el señor no está contigo.

Dependiente: parecía gato lamiendo la cocaína en el papel estraza, con las pupilas dilatadas, pidiendo más: “Dame más, sé que tienes más, anda, saca más”, repetía desquiciada mientras le temblaba la mano. Era lo único que la detenía: la cocaína.

Indiferente: te voy a contar una cosa, cogí con ese fulano sin condones, lo peor es que no me interesa, las peores cosas son las que están por sucederte pues no podrás impedir las.

Rencorosa: “El licenciado ese, el maldito lic, ¿ves lo que me hizo?, ¿ves lo que ocasionó en mi preciosa cara?”. Y Helena enseñó el rostro amoratado, la herida en la mejilla. “Lo peor no fue eso, me humilló y eso no se lo perdono a nadie, Glenda... Si no me ayudas, solita lo voy a matar”.

La ve atendiendo a los clientes en el privado.

Jadeando frente al espejo.

Dejándose manchar el cuello por el rojo de su labial.

Haciendo rayas.

Bailando su número en el templete.

Rasurándose el vello púbico con la crema de afeite de Glen.

Glen la recuerda sucia e infeliz, viendo cómo fornican dos perros, diciendo: “¿Ves? Nosotros también somos perra y perro... Cojamos”.

Pero sobre todo, diría que Glenda sueña su silueta negra confundida con aquella noche. Y los tumbos des-

truyéndose antes de llegar a la orilla de la playa: “El mar es un asqueroso drenaje, no tiene nada de bueno, el mar es una alcantarilla”, dijo Helena bajándose las pantaletas para orinar.

—¿Me vas a decir que tienes celos?

—Ay, Helena, yo no siento nada por ti, los sentimientos son un estorbo, bien lo sabes.

—¿Y por qué tardaste tanto con Belem?

—Porque yo también trabajo, mi reina, y Belem me debía algunos favores.

—¿Y te la cogiste?

—Justo.

—Eres una zorra.

—Ahora tú estás celosa.

—¿Celosa? No, caray, qué va.

—En cambio a mí, ese lic ya me tiene hasta la madre. Si se me pega la gana, no lo dejo entrar.

—No puedes. Es el mejor cliente que has tenido. Bien que cobras por mantener su reputación en el anonimato... Y claro, aparte, tiene buenos gustos, me escoge a mí, nada más y nada menos...

—Le vas a decir que ya no puedes. Que se busque otra...

—Sólo te digo una cosa: valora tu mercancía.

Glen se acercó para darle una bofetada. Helena reaccionó.

—Ya, ya pues. Le voy a decir que no puedo, se lo voy a decir... —suplicó Helena con la boca torcida por la mano de Glen.

—Voltéate.

—¿Para qué?

—¿Para qué se ponen de frente las perras?

—Háblame con voz de Glenda.

Glen soltó la voz madura, ambigua, femenina, como la sabía imitar desde hacía tiempo. Vio a Helena entreceerrar los ojos y se olvidó por un momento de lo anterior: Julio Nazar regalándole flores a Helena, esperándola en la puerta trasera, Glen tras la cortina preguntándose al menos dos cosas y afirmando que en cuanto pudiera iba a echar a la chica, antes de que le ganara la estúpida emoción por una morena vulgar a la que odiaba y quería un poco.

La sueña: tendida en el piso, el cuerpo espolvoreado de cocaína, rodeada por hombres que, hincados, la olfatean. Sueña que Julio Nazar intenta levantarla. Que Glen entonces se acerca y le dice que Helena está perdida y ese tipo de caídas no se reparan.

6

Esa misma tarde Estrella recibió la llamada. Marcó al ministerio público.

—Está secuestrado, quieren cien mil. Es ridículo. Deben ser estúpidos. Era la voz de una mujer.

En ese instante, ella recordó el momento en el que había advertido a su esposo que no se metiera en la candidatura. No sabía de dónde podía venir el golpe. Por la noche, según lo indicado, un Cavalier junto con el auto de Estrella, se dirigieron hacia el puente.

—Digamos que es un asunto sencillo, elemental: se ha encontrado el auto en la carretera, rumbo a la costa. En el auto hay cervezas, vidrios de alguna botella rota, cocaína, condones sin usar. Pero no hay huellas. Por lo tanto, botellas, polvo y demás fueron objetos puestos a propósito, para distraer —dijo el oficial—. Efectivamente está secuestrado. Pero es muy estúpido que nos hayan citado en el puente y hayan pedido esa cantidad. De todas maneras, usted va a caminar hasta ahí, bajará como indicaron, dejará la mochila, y si es verdad que ellos están observándola, irán por la mochila y soltarán a su marido. Un rescate nunca es fácil. Pueden ir por el dinero sin que él aparezca porque ya lo han matado antes. El secuestrador no es tonto. Sabe que nosotros estamos detrás.

Estrella caminó desde las instalaciones de servicios migratorios hasta el puente: a esas horas permanecía iluminado por focos amarillos pálidos que daban al sitio un aspecto triste. Un borracho se tambaleaba en medio de la calle; la basura era un montón de papeles cruzando sin

rumbo, como la misma Estrella. Empuñadas sus manos en la baranda, fijó su vista hacia delante: los bordes del río se entreveían gracias a las luces de las casuchas asentadas en la orilla. Sintió el temblor del concreto originado por un tráiler de carga. Pasaron dos camiones más, y cuatro horas en las que escuchó el silabeo de chicharras, su propio murmullo. Porque no llegó la señal de un foco parpadeante bajo el puente que le indicara que los secuestradores estaban ahí. Lo único que llegó fue la vibración del móvil y, en la minúscula pantalla, un mensaje del oficial que le pedía a Estrella que regresara.

Nos han tomado el pelo.

Volvió a leerse en otro mensaje, pero Estrella no quiso moverse. Se sentó en el borde del puente, ni siquiera tenía ganas de llorar. Tenía los nervios de punta, estaba ansiosa, excitada, creía con vehemencia que en cualquier rato el parpadeo del foco llegaría.

Apenas ayer había visto a su marido en el desayuno o, mejor dicho, desayunó con él sin verlo, con prisa, como todos los días. Y era increíble la manera en que el tiempo se encargaba de borrar las cosas. Ninguna señal. Sólo parpadeaba el alumbrado público: eso le daba a la noche una extraña sensación de falsedad, como si estuviera en una mala película. Lejana pero clara, como murmullo, llega-

ba alguna cumbia triste. Sí, Estrella sabía que su marido visitaba burdeles, como todos los hombres que en determinado momento necesitan demostrar precisamente ahí el hecho de que el matrimonio y la vida cotidiana son indisolubles. Pensó en los cinco años de matrimonio, en los “Señor, Jefe, Licenciado” que repetía su esposo con frecuencia, como si se tratara de una jerarquía militar, títulos que en realidad eran lamidas de botas. Pensó en las gatas secretarias que seguramente él se cogía de vez en cuando; y pensó también en la muerte, en identificar el cadáver, en verle la cara por última vez y preguntarse si en realidad lo quería. En su muerte, definitivo: también en la cuenta bancaria, la casa, las propiedades, la ciudad violenta de la que saldría con motivos suficientes hacia cualquier lado.

Todo era extraño: apenas ayer lo había visto hincar el tenedor, lavarse los dientes, aunque ni siquiera se fijara ya en el cuerpo gordo que empezaba a tener a partir de su incursión como diputado, ni en su cara hinchada a causa del exceso de alcohol: el rostro de un sapo satisfecho. Definitivo: ambos se habían cansado, a pesar de no saber determinar en qué consistía exactamente ese cansancio. El tiempo había realizado bien su ineludible tarea.

El vigilante del sitio sacó de su reflexión a Estrella, advirtiéndole que era tarde para permanecer en el puente. La mirada de ellos siempre era así: amenazadora, aunque fuera por simple rutina.

Llegó Estrella hasta el Cavalier y su propio auto. Metió la mochila semivacia al coche y aceptó la cerveza que le ofrecían.

—No se ha recibido ninguna otra llamada. Nada más tenemos que esperar.

—¿Y si ya lo mataron?

—Tendrá que aparecer el cadáver. Si está muerto lo encontraremos en unas horas. Ya están rastreando en las estaciones de ferrocarril, en la zona roja, en la carretera. Tiene que aparecer en cualquier momento.

—¿Han seguido hablando al celular?

—Fuera de servicio.

No hay de otra —pensaron los agentes—, el caso del licenciado Julio Nazar tenía que ver con los intrínquilos del partido político. La votación se anunciaba cerrada, los candidatos debían de estar nerviosos. No era tampoco nuevo un caso como éste: seis años atrás se encargaron de liquidar al director de Derechos Humanos, y aunque todos eran sospechosos —incluida la esposa—, el caso quedó cerrado.

Harían el papeleo cotidiano, se abrirían las investigaciones, los posibles móviles, pero después de cierto tiempo el archivo se cerraría por falta de pruebas, y los familiares aceptarían cualquier resolución.

Estrella tiró la cerveza, se subió al coche, arrancó escoltada por el Cavalier. Era una noche absoluta. Con

los cristales abajo sentía el aire dulzón de los árboles alrededor de la carretera.

7

Helena tenía una herida en la cara y el pelo revuelto. Se sentó y apretó los puños. Glenda lavó una toalla y se acercó a la chica, quien parecía a punto de desmayarse.

—¡Te advertí que no siguieras atendiendo a ese güey!

Pasó la toalla húmeda sobre el rostro, Helena apretaba los labios.

—¡Licenciado de mierda! Lo peor, lo peor, ¿sabes?, ni siquiera es esto... Me humilló el hijo de puta. Me trató peor que perra, hizo que lamiera el piso del pinche cuarto mientras me seguía pegando. ¡Nooo, Glenda! Te juro que me las paga el cabrón.

Se hizo un silencio entre ambas.

—“Si no te portas bien te voy a denunciar con servicios migratorios”, amenazó. ¡Mierda! Te juro que me las voy a cobrar, se va a acordar el imbécil.

—Escúchame y cállate ya. Lo vamos a madrear, ni te apures.

Helena se bajó el pantalón de mezclilla: la mitad de la braga blanca estaba manchada de sangre.

—No nos vamos a ensuciar nosotras. Lo va a hacer alguien de mi confianza.

—¡Claro que no! ¡No me vengas con eso, Glenda marica! ¡Lo voy a hacer yo! ¡Lo voy a joder yo! Quiero verle la cara al puto, yo. Quiero que chille el cabrón, delante de mí. Lo voy a matar —repitió, apretando la mandíbula.

Tres semanas más tarde Helena llamaba a Nazar advirtiéndole que tenía algo muy importante y delicado que decirle:

—...Un asunto del que me enteré por Rojas... Es urgente, veámonos rumbo a la playa, no puedo decírtelo ahora, serás tonto... Así aprovechamos para quedarnos por ahí... ¿Que cómo supe? ¿Olvidas que soy puta? Bueno, pues las putas a veces tenemos una vida emocionante... Anoche me contrataron para una reunión en la que no estabas... “Cómo serán pendejos”, me dije. Así que puse mi oído y... Tengo que contártelo —advirtió Helena y colgó.

Se puso el pantalón de mezclilla, sudadera, tenis. Glenda, en cambio, eligió vaqueros, una camisa que le quedaba grande y botas de punta. Sin el grueso de maquillaje de siempre, y la peluca de mata castaña y larga, era un hombre que no delataba sus cuarenta y tantos años, y mostraba más bien un carácter impreciso; como los hombres atractivos que, preocupados por su apariencia, a la primera de cambio necesitan demostrar su hombría.

Todos sabían que Glenda era en realidad Glen, o más concretamente Genaro Arriaga, tal cual dictaba el acta

de nacimiento y demás papeles, pero hacía tanto de ello que parecía que las medias, el bilé y un culo redondo bajo las faldas ajustadas borraban aquella lejana identidad. A él se le ocurrió llamarse Glenda. Su vida era un misterio que ella se encargaba de adornar como lo hacía con el Bombay: algunas esquinas eran austeras, otras estaban llenas de focos parpadeantes y ridículos, en la pared había una mujer con el torso desnudo y la cola de pez, en otra estaban pintadas con vinil barato máscaras de sonrisas grotescas y burlonas. Muchas veces hicieron borracheras en la casa que tenía frente al mar. También se hablaba de sus amores esporádicos, pero nada irracional, hasta que llegó Helena. Pareció recobrar el interés con la hondureña, quien, por lo demás, en poco tiempo se pudrió como manzana. Le gustaba emborracharla porque Helena se subía a cantar. Le gustaba verla vomitar en el patio. Observar cómo se movía en las piernas de algún milico para después perderse en la oscuridad de los pasillos.

Antes de dirigirse a la playa, pasaron al lobby del hotel Camino Real. Pidieron tequilas.

—Otra cicatriz. Vas a terminar con la boca cosida, como las muertitas de Juárez.

—Muy bonito este sitio. Lo que se hace con, por dinero.

Vieron el reloj.

—Pues vámonos.

Helena sonrió nerviosa. No tendría por qué salir mal el plan, conjeturó. Una nube de polvo se levantó cuando arrancaron y se perdieron entre la bruma oscura de la carretera. Subieron el volumen del reproductor de cds. Un solo de acordeón se oía bajo la voz del cantante:

No te conozco, no me conoces a mí,
sorpresas hay por vivir...

Rato después, Glenda apagó el motor y se dirigió hacia la puerta de Helena. De los pocos placeres que tenía la vida, le gustaba ese segundo en donde el licor incendiaba la sangre; ese momento previo a la borrachera en el que, antes de perderse, podía sentir el mareo, la euforia, cierto poder. Luego, como decía Helena, todo se iba al carajo. Bajó sus pantalones, la acarició mientras el acordeón seguía. Un tráiler les echó los faros encima. Subieron otra vez y repitieron la canción hasta que llegaron al entronque carretero, ahí donde había una avenida para entrar al malecón. Estacionaron el Valiant de Glen a una distancia considerable. Un anuncio metálico daba la bienvenida a la playa. Pero a esas horas, la playa estaba sitiada por farolas parpadeantes que iluminaban el contorno de la escollera. Era frecuente que las bandas y las putas llegaran ahí para beber o cobrar cuotas por la libre, pero esa noche era jueves y, con la excepción de un perro dejando su mierda sobre la arena, la entrada estaba solitaria.

La chica se veía excitada, neurótica. ¿Llegaría Nazar? No estaba tan segura de haber convencido al hombre. Después de todo, él era un tipo absorto en su oficio y le podía tener sin cuidado lo que ella pudiera contarle. Era probable que pensara eso: que ella era una puta más a la que había conocido, y no había por qué darle ninguna importancia. Pero a lo mejor le intrigaba saber si era verdad que la noche anterior Antero Rojas la había contratado para una reunión a la que él no estaba invitado. Ojalá Rojas hubiera hecho su parte. Se percató de la hora, metió las manos a los bolsillos; con la punta del zapato tenis levantó arena. El hombre, Julio Nazar, le gustaba, para variar, pero eso no iba a interrumpir sus planes.

Vio un auto detener el motor, el clic de la puerta, una sombra acercándose. El perro ladró y se fue.

—Vienes borracha... ¿Qué te pasó en la cara?

—Un maldito infeliz hijo de puta asqueroso que se va a acordar de mí, se puso muy mal ayer en la peda; sacó su navaja porque no se la quise chupar. Eso. Gajes del oficio.

—Vámonos a un hotel, no jodas, quién me viera aquí, contigo. Mañana tengo una salida, y de ahí yo creo que no te veré más...

—No, porque te voy a decir algo grande.

—¿En qué viniste? ¿Qué chingados hacías con Rojas ayer...?

Pero Julio ya no pudo continuar.

De la sombra emergió, repentina, otra sombra. En el bolso del pantalón, Helena tocó el metal frío. Otra vez la luna altísima. Y el mar, el mar que lo pudría todo.

A partir de entonces, todo fue muy fácil, o muy difícil, o muy inesperado e impreciso. Los tumbos de las olas se rompían cada vez más cerca. No se veía el mar, se escuchaba.

—Algo grande —alcanzó a escuchar Julio Nazar mientras sentía la primera punzada caliente en su cintura. La mano que empuñaba el metal era de la mismísima Helena, la putita que le había presentado Rojas, meses atrás. Sintió más golpes. Glenda asaeteó con fuerza y lo hizo caer, como el árbol que se derriba de un hachazo.

—¿Así que tú le pusiste esa raja en la cara a mi muñeca, eh? —repetía Glen, azotando la cabeza del hombre.

Pero Julio no pudo pararse ni podía entender lo que sucedía. Oía la voz de Helena y la de un desconocido hablar sobre aquella noche en que él la golpeó brutalmente. Sintió ramalazos en espalda, abdomen, piernas. Veía un revoloteo negro de golpes sitiándolo sobre la arena, como si lo quisieran enterrar de una buena vez. No alcanzaba a ver la cara de esa mujer con la que se metió varias noches a partir de una visita al Bombay. Esa adolescente que tan bien le caía por mentirosa y cínica. ¿En qué estaría pensando cuando se metió con ella? Pero a él le gustaban las putas. Y era débil. Un candidato demasiado básico.

Glen y Helena seguían pegándole, había en ellas una rabia hermosa, una violencia a punto de regarse como la espuma sobre la playa. Glen no se lo pensó dos veces si veía a Helena actuar así: estaban embriagadas de rabia golpeando una, diez, muchísimas veces, llenas de placer por ver al hombre desvanecerse. Estaban delirantes, practicando el mejor de los medios para sacar cualquier resentimiento. Los golpes con la pala por esa niñez dañina, los navajazos porque el lic había humillado a Helena, las patadas porque nadie puede negar el instinto, las últimas heridas porque sí. Atrás chocaban las olas. Julio Nazar se movía como el pez asfixiado brincando sobre la red. Glen y Helena se vieron: sus ojos brillaban, cada vez más excitados. Los quejidos se perdieron, Julio Nazar permanecía quieto, quietísimo, manchado de sangre, la cabeza des poblada de conjeturas hechas también añicos, su sexo inerte, los pies incapaces de retroceder. Fueron minutos, minutos bastaron para acabar con sus cuarenta años de vida y la candidatura. Jamás Glen había sentido esa ira brutal irradiarle los sentidos; el odio, el rencor carcomiendo todo resto de cordura. Glen era un tipo duro, mitigado en realidad por Glenda; no creía que comprar niñas centroamericanas fuera un acto tan malo, y sin embargo, nunca había golpeado con tanta fuerza. Helena empuñó arena y la dejó escurrir entre los dedos cuando se agachó para dar un último navajazo en el cuello.

—¿Ves? Pues esto es la vida, chingar. Morder polvo. Y ahogarse. Caer hasta el fondo.

Glen, en cambio, palpó al hombre.

—Está muerto.

—¿Y qué?

—Se nos pasó la mano... ¡No lo íbamos a matar!

—Estas cosas, si las pones en plan no las haces, y si ya las hicimos, ¿para qué pensarlas?

Trataron de apresurar los pasos. Entre las dos, quitaron camisa, reloj, celular, llaves al muerto. Revolvieron la arena con la pala que llevaban en el auto. Cargaron el bulto como pudieron, hasta llevarlo al coche de Glen.

—Yo voy a manejar el suyo —advirtió Helena y se dirigió a la Cherokee de Julio Nazar. Se colocó bolsas en las manos, encendió el motor y siguió el Valiant de Glen.

Ambas manejaron hasta dar con el entronque carretero. Primero fueron hacia el lado sur. Se metieron a fuerza por el pastizal. Del Valiant sacaron los botes de cerveza. Regaron el líquido por los asientos, pusieron la caja vacía de condones, echaron un poco de cocaína. Si todo salía bien, nadie sospecharía de ellas. Era común el asalto en las carreteras. El lic estaba cogiendo en el coche cuando fue sorprendido por una presunta banda de asaltantes. Lo que se les escapaba, si veían en perspectiva sus actos, es que todo era demasiado burdo y elemental.

—Iba a ser candidato —mencionó Helena.

Glen la miró: la chica estaba pálida, sus ojos brillaban con fugaz intensidad. Parecía enloquecida. Ella, en cambio, tuvo la sensación de habitar dentro de un cuerpo hueco.

Subieron al Valiant. Para desviar la ruta se dirigieron al otro lado, rumbo al norte. Tijera abierta: una hora de distancia entre el coche y su cuerpo.

Más que la agilidad, el temor de la madrugada los hizo actuar con rapidez. Ya sobre el norte, buscaron un lote baldío: con la pala cavaron hondo y arrojaron a Nazar; su rostro inmolido parecía aún vivo. Echaron tierra sobre el hoyo. Sintieron miedo.

—Vamos a tomarnos un trago, estamos temblando —sugirió Helena al ver el rostro lívido de Glen.

Volvieron a casa de Glen para quitarse las ropas manchadas y bañarse.

—Ahora sí nos cargó la chingada... No lo íbamos a matar, ¡guarra de mierda!

—Se lo merecía, si tú te arrepientes, yo no. Uno ya tiene decidida la vida. Nada más echamos un empujón. Eso fue todo.

—No es que me arrepienta, carajo.

—¿Entonces, pendejo? ¿Qué quieres que te diga, pendeja o pendejo? —retó Helena revisando las pertenencias de Julio Nazar—. Mañana vamos a marcarle desde un teléfono público, diremos que está secuestrado, pediremos

dinero, los citamos... En dónde... En dónde... Los vamos a distraer con eso, en lo que lo encuentran —continuó nerviosa y excitada, como la cocainómana que en el fondo era.

En la regadera Helena comenzó a tocar a Glen.

—¿Cómo les dicen a esos animales que son hombre y mujer?

Pero Glen no respondió. Sus preguntas estúpidas, su cuerpo rotundo, fueron suficientes para abandonar la exaltación. Con Helena permanecía en un estado de ansiedad constante, parecía su amante, su hermana, su madre, su padre, y quizá fuera sólo eso: una manera de llenar alguna ausencia. Pensando en el asesinato, habría querido quedarse bajo la regadera, dejando que el agua les erosionara la piel.

Amaneció de prisa. Helena veló el breve sueño y cansancio de Glen para arrebatarle la cartera y metérsela entre las bragas. Fue ese día cuando hicieron la llamada desde un teléfono público.

—Por lo menos esta noche pensarán que está secuestrado, mientras vemos qué pasa mañana.

Después fueron al Bombay, maltrechas, ojerosas. Helena no iba a presentarse a bailar. Desde su lugar, las demás putas las veían, sorprendidas por su aspecto.

—¿Qué? ¡Es mi día de descanso...! ¿O no puedo? Una cruda es sagrada.

Pasaron pocas horas para que Glenda, temblorosa, se diese cuenta de la ausencia de la cartera.

—No la encuentro. ¡Putá, no la encuentro!

—No chingues, Glen, no juegues...

—No está. ¡No está la pinche cartera!

—¡No jodas, Glenda! —dijo Helena, histriónica, dueña de sí.

Esperaron al corte de caja y Glenda se desplomó. No tenía idea de qué iban a hacer. Recogió dinero en efectivo, papeles, permisos, estados de cuenta. Salieron de prisa. Ahora quien manejaba era Helena. Por Helena siempre sentía un deseo repentino, no el deseo de su cuerpo, sino de su presencia. Con relación a sus anteriores amantes ocasionales, experimentaba a su lado una constante intranquilidad, esa paranoia que lo hacía ir de un lado a otro. “¿A dónde iría a parar todo esto?”, se preguntó mientras Glenda miraba el perfil de la chica. “Desde el principio hasta el final no hay línea recta”, le advirtió una noche. Le molestó pensar en la edad: se tocó la cara, sintió la aspereza de la barba incipiente que debía rasurar a diario, y sobre todo, vio sus arrugas haciéndose evidentes con los polvos, una madurez de la que habría deseado huir, justo como lo hacían en ese instante.

De su casa tomó algo de ropa y el set de maquillaje con el que se hacía pasar por Glenda. Después fueron al lugar donde vivía Helena, quien conocía de memoria esa zona que, en el fondo, le recordaba quién era y reflejaba

quizá su circunstancia: un infierno circular, un laberinto sin escapatoria. Sabía, por ejemplo, que después de las diez de la noche no era conveniente pasar por el callejón. Sabía quiénes eran peligrosos y quiénes solamente bocones. Temía pasar cerca de la ventanita de la vinatería porque una vez había visto morir allí un hombre que no quiso contribuir para la botella de dos judiciales borrachos. La sirena de las patrullas se había vuelto un sonido familiar, pero nunca le tocó escucharla tan cerca. Para eso estuvo Glenda desde que llegó.

—No me va a llevar la poli, te juro que no —dijo decidida la chica, cuando abría.

El cuarto de Helena daba la impresión de ser una jaula; el olor a borrachera, a miasmas, se le pegó a Glen en las narices: su niña era una triste drogadicta, lo sabía. Al ver las paredes llenas de posters, se preguntó por qué hasta antes de lo sucedido con el tal Julio Nazar, Glen no le había pedido a Helena que vivieran juntas. Era porque estaba vieja, viejo, y sabía que si un día la llevaba consigo, no tardaría en darle una patada.

—Vamos a largarnos en tu carro. No podemos seguir aquí. Nos van a agarrar. ¡Creo que dejamos el cuerpo boca arriba!

—¿Y eso qué?

—¡Mal agüero, tu cartera no está! Si lo averiguamos... Nazar era un tío gordo.

—No puedo, así no —insistió Glen, con la voz ambigua a punto de quebrarse.

—Te pelas conmigo o te chingas. ¡No está la cartera! Yo no voy a quedarme.

—Estamos muy nerviosas, pendeja, ¿qué tal y la cartera no les dice nada?

—Muy bi, muy duro, ¿no?, pero parece que piensas con el pito.

Sonó el celular de Helena. Se puso lívida. Escuchó, su mirada parecía brasa. Colgó.

—Una patrulla llegó al Bombay después de que salimos. ¡Tè quedas o te vas, Glenda! ¡Yo no me voy al bote, no vine a este pinche país de gratis, tú me trajiste!

—Voy a hablar con Cicerón —advirtió Glenda, pero Helena le arrebató el teléfono.

—¡Me voy y tú vienes conmigo! Si le cuentas a Cicerón será el primero en abrir la boca.

Finalizaba viernes. Mientras Estrella llevaba el dinero para el supuesto rescate, Glen manejó la madrugada y el resto del día siguiente hasta llegar a otro poblado del sur; qué más daba el nombre, se decían las dos, todos los pueblos del sur eran igual de miserables. El neón amarillo de un motel en carretera iluminó ligeramente el cristal del Valiant. Las vencía el cansancio.

8

La muerte era, para Antero Rojas, un espectáculo que ya no sorprendía. Cuando vio el cuerpo de Julio Nazar no pudo evitar pensar en la mujer, en la hondureña. Se sintió efímeramente reconfortado. Era pero no era él quien había matado al candidato, a su compadre. Razones de limpieza y tranquilidad mental. A final de cuentas, las amistades en el medio no se caracterizaban por la sinceridad o el interés. Faltaba el resto.

No había sido difícil convencer a Helena: sintió su aliento caliente y esa mirada, su terrible necesidad por salir de ahí. Por eso supo que estaría dispuesta a hacerlo.

Por boca de Cicerón se enteró de que la dueña del Bombay en realidad era hombre.

—¿Es de esos que, si se encela, es capaz de ensartar un cuchillo en las nalgas?

—Puede ser —dijo Helena, llevándose un montón de cacahuates a la boca.

Rojas tuvo que escuchar la historia de Helena, mostrarse interesado. Le gustaba que fuera sincera y cínica.

—No te voy a decir que estoy en esto por necesidad. Un día Glen me dijo que si quería algo, buscara lo más fácil para conseguirlo, y así lo he hecho, sólo que me he tardado, no sé, a lo mejor ya me aburrí.

—Eres cabrona, me gustan las de tu tipo.

—Y a mí las declaraciones de amor.

Ambos rieron.

—¿Qué me vas a pedir? Dilo ya.

Rojas sirvió más tequilas.

—¿No tienes Presidente?

—Una que las quiere educar y no se les quita lo nacas.

—Pues yo no tomo más que Presidente con Coca-Cola.

Con el tequila me empedo luego.

Se sirvió. Bebía como si quisiera hacer de su garganta una fosa séptica.

—Si no viera que tienes ganas de largarte, no te lo propondría.

Rojas la miró. No era sencillo ni conveniente decirle más o menos que la idea era prescindir de Nazar para quedarse en la diputación y ganar la presidencia del municipio. Pero tenía que hacerlo.

—Ese tipo no nos gusta. Sabe algunas cosas de más. Si llega, va a poner cortitas a las turistas como tú. ¿Me entiendes?

No era tan sencillo, en una ciudad violenta pero pequeña, hacer una limpia como ésa. En una urbe cualquier cosa podía ser usada a favor o en contra; en una urbe, los aspirantes a candidatos contrataban con tiempo guardaespaldas y se movían sigilosos y cautos, sabiendo que a veces ni eso los podía salvar. Pero en esa ciudad estrecha no se podía. Rojas tendría que levantar una efectiva

cortina de humo para impedir que el escándalo medrara ánimos y los presentara a ellos como principales sospechosos. Más cuando, de todas formas, el gobernador parecía nervioso e intimidado por la prensa.

Rojas tenía insomnio desde el momento en que le propusieron armar la estrategia. “Caray, es padrino de mi hijo”, se dijo, pero de inmediato se le pasó la emoción. Pensó en Estrella: si algo le envidiaba a Julio, además del currículo, era la mujer. Y el poder. Qué decir del poder. El poder que era capaz de construir y derrumbar leyes en un solo día. “Quien carece de poder, carece de todo”, se dijo, quien había perdido tres veces las diputaciones y no estaba dispuesto a seguir de lamegüevos frente al compadre.

—Te pregunto —insistió la morena, sacando a Rojas de sus cavilaciones.

—Te propongo papeles legales de por vida, que involucremos al travestí de tu jefe, y que te largues a Tijuana, muy lejos de aquí. Allá tengo un amigo de bienes raíces que nos facilitará todo. Lo demás, si quieres cruzar, lo decides tú. Pero al menos, por si no lo sabes, Tijuana sí es una ciudad enorme.

Las batallas de Helena eran elementales: recordó con asco la tarde aquella de la boda en que se la cogieron más de dos. Nunca había matado. Pero a esas alturas ya no tenía miedo de nada. Además, veía que Glenda la trata-

ba bien, pero hasta ahí; quién sabe si llegaría a salir del Bombay, no había podido hacerlo desde que llegó. Que si la droga, que si el alcohol, el billete que así como llegaba se iba, el cansancio... Todo eso le impedía irse, y tal vez ya era tiempo de hacerlo. Ser puta: un infeliz trabajo desempeñado con cierto esmero, aunque los motivos originales se le volvieron de pronto ridículos: lo único que en aquel momento quiso fue salir del muladar donde nació. Cualquier tipo de estabilidad, y ya parecía que la vida comenzaba a echar raíces. Las putas también advertían al advertirle que Glenda, por mucho que decía quererla, ni siquiera le había propuesto llevarla a su casa.

—Será la primera vez que tenga una labor de a de veras. ¿Cómo sé que me vas a cumplir?

—¿Y cómo sé que no te vas a rajar? Porque si te rajas, óyeme bien, esa boca preciosa que tienes, ya no me la va a chupar.

Dos noches bastaron para urdir la estrategia. Rojas le indicó a Helena que tendría dos meses para engatusarlo y entretenerlo sin cobrarle, hacerle creer ese montón de discursos estúpidos, cursis e infumables sobre el afecto, la necesidad de compañía, etcétera, mientras Rojas entraba en acción: verse más interesado en la campaña, contactar a los directores de los periódicos, desayunos, contratar a otro estratega para mejorar la imagen.

Así, hasta que llegara el momento en que Helena cumpliera la otra parte.

—Una cosa importante: ¿cómo diablos le voy a hacer para irme?

Lo que proponía Rojas parecía de esas historias que ella leía en *El Policiaco*, en versiones de quinta. Pero de ella dependía convencer a Glen.

—Te voy a preguntar como si estuviéramos en película gringa: ¿crees que puedas?

—Me canso si no. Ser puta es calentarse pensando en qué pasa —concluyó Helena, metiéndose más cacahuates a la boca.

9

—Glenda, pareces retrasada: encontraron tu cartera, dieron con las licencias, fueron de inmediato al Bombay, interrogan...

—Y tú, tan fresca. Chingón, ¿no?

—No vamos a arrepentirnos a estas horas. ¡Ni me vengas con mamadas! Ahora resulta que sólo yo di de madrazos...

Decidieron abandonar el coche en el pueblo. A esas horas, ya habrían dado señales del número de placas.

Un par de niños se acercaron al Valiant, se subieron a la carrocería en lo que Glenda y Helena se dirigían a la parada de autobuses.

—Mi identificación iba en la cartera.

—Voy a intentarlo con la mía. Claro que si se dan cuenta, ya nos chingamos.

Helena mostró su credencial falsa, ni siquiera la revisaron, la estación de autobuses era semejante a una casa vacía en mitad de un horizonte de polvo. Pasó una hora larga, larguísima, para que pudieran salir. Por fin llegó un camión viejo que hizo a Helena acordarse de aquella noche en que las dos atravesaron la frontera de su país para llegar al sur de México. Le vino de pronto una nostalgia efímera, de esas nostalgias estúpidas instaladas más para hacer evidente el paso del tiempo que para evocar algún rostro lejano, una melodía, una calle.

Era verdad: hasta antes de la llegada de Glenda ya tenía el alma podrida. Quizá fuera el mismo barrio —geografía es destino— lo que había decidido su trayecto, como si haber nacido en una barriada cercana a un mar sucio y ajeno a las arquitecturas imposibles de las que retrataban los servicios turísticos del país la marcara para siempre. Muchas veces pensó que toda esa mierda era un castigo, viendo cómo, a lo lejos, los autos pasaban por la autopista nueva que iba hacia todas las partes posibles.

Que su madre nunca supo más del padre cuando éste se enteró del embarazo, que era un canco que así como llegó se fue, que una tiene sus necesidades, m'ija, y fue así como dejó pasar al otro, el del puesto de camarones en el mercado que olía siempre a sal. Un vecino de la colonia le

decía: nada más termina el cuarto de primaria y mejor te pones a vender merca, o va a llegar quien te hable bonito para hacerte una panza igual a la de tu madre.

El destino, escrito o no, era irreversible: se lo decía la punzada en sus tetas cuando le crecieron, el calor sensual de la costa, ese cosquilleo que sintió al escuchar gritar por primera vez a su madre: terminaría igual, de putilla infeliz como le dijo el borracho aquel, o de puta con categoría en alguna cantina de ciudad grande. Supo que había sacado lo piruja y lista porque no se quedaría ahí, y fue entonces cuando de pronto, caída del cielo, bajó esa mujer que tenía una actitud rara, aún indefinible, incluso cuando algo intuyó entre las cortinas del primer hotel donde se quedaron, escuchando a Glenda bañarse.

Ya tenía mala sangre, como la leche agria de los hombres que la montaban. Nunca había creído en el amor. El amor debía ser como esas historias que leía en *Julia* o en *La Semanal*; las historias de *Julia* eran mejores pues no tenían dibujos, sólo letras y letras, páginas que la hacían soñar y humedecerse por un rato hasta que su madre la echaba de la hamaca. Le gustaba imaginar que su amor sería como el que vivían las protagonistas desvirgadas en sábanas blancas. Definitivo, no creía en las mujeres que, dormidas sobre el pecho de sus machos, obtenían la promesa de matrimonio, ese requisito en el que de todas maneras se entregaba el coño envuelto en una tela de fino

encaje. Sí, imaginaba que su historia de amor sería mejor que cualquiera de *La Semanal*, con más intrigas que *El Policíaco*, más erótica que las del *Libro Vaquero*...

Eso de soñar era más bien suponer también escenas: el príncipe de Helena no llegaría en auto, sino tal vez en una camioneta americana, estaría por ahí en lo que ella bebía con otras princesas desempleadas; el príncipe sería algún narco llevándole cocaína, seguro, se decía. Y seguro que un día se vería en esas calles del Norte, manejando una camioneta del año, paseándose por las avenidas llenas de bares, hoteles y farmacias, entrando a los *malls* a comprarse ropa. Anhelaba estas imágenes para sí: en el fondo, era igual que los demás, una estúpida arribista.

Glenda la sacó de sus cavilaciones. Viajaron de un poblado a otro, en un autobús rumbo a la capital del país. Llegaron al Distrito Federal en domingo, se hospedaron cerca de Garibaldi. Helena parecía cada vez más cercana a lo que ella llamaba “felicidad”. Había demasiada bulla, pero le gustó ese rumor triste de una ciudad que amenazaba con su violencia infinita.

—Parece que no matas ni una mosca, de tan feliz la niña que ya ni se acuerda por qué diablos andamos aquí.

—Ya bájale, Genaro.

A Glen le molestaba que le dijera así. Pero fue a Genaro a quien le dio de pronto terror al ver en qué se había

convertido delante de la hondureña: un payaso, un títere que ella podía manejar a su antojo. Aunque quisiera dejarla tirada ahí, Glen ya tampoco podía regresar. ¿Cómo, siendo tan precavido, habían comenzado a joderse las cosas? Habían actuado por simple arrebató, una locura sin azogue capaz de disfrazarse de normalidad se instaló en sus miradas, cegándolos.

—Ya sé que me la quieres mentar, que me quieres madrear, que yo te tengo metido en esto, ya sé, ya sé —decía borracha Helena, sentada en la banqueta, con un rostro de desamparo y chantaje.

Pasaron enojados las horas siguientes. Glen ensayaba su voz de Glen. Por momentos, cuando le tocó hablar para pedir las cervezas de la noche o el desayuno al otro día, le salía el efecto femenino, indefinido. Helena parecía una de esas niñas de pueblo que jamás había visto un trazo del mundo, aunque el mundo en cualquier parte fuera la misma porquería.

—Nos quedamos aquí —pidió a Glen cuando pasaron por un centro comercial y el taxi los llevaba a la Central de Autobuses del Norte.

—Vamos a ver si podemos sacar más dinero.

—Ni lo intentes, ahí van a rastrearnos, me impacta que estés tan brillante.

—Necesito saber si ya cancelaron la cuenta. ¿Cómo nos vamos a mover?

—El banco registra todo, como si no lo supieras.

—Entonces vamos a quedarnos una semana más en Garibaldi y que trabaje tu culo de mierda.

—Llegaremos a Mazatlán y encontraremos a esa amiga tuya. Nos quedamos ahí, sacamos otro tanto y ahora sí nos vamos a Tijuana.

Con su experiencia y sus años, parecía un estúpido delante de Helena, pero no era otra cosa que su nerviosismo. Duro y cínico, sí, pero nunca asesino ni prófugo ni nada. Ahora estaba con el dinero en efectivo que pudo sacar, sin saber si el rumbo que seguían tendría o no fin. Como las noches: Helena siempre decía que sus noches no acababan.

La identificación de Helena volvió a pasar la difícil prueba en la estación de autobuses. Todo parecía demasiado fácil. Y lo estaba siendo.

10

—Llegan en pleno carnaval —les informó el taxista.

—¿Conocías, Glen? Mira, si hubiera seguido de tu gata nunca me habrías traído por estos rumbos.

—No digas pendejadas.

Glen se veía cansado.

—¿De paseo? —esculó amable el conductor.

—No, qué va, venimos huyendo... Es que matamos a un cabrón y no tuvimos de otra que pelarnos —retó con

desparramo Helena, quien dio un pellizco a Glen y lanzó después una carcajada—. Cómo cree, don, no se asuste. ¿Qué habrá esta noche?

Caminaron por el puerto. Glen hizo la llamada desde un público. Sintió alivio cuando escuchó la voz de su amiga dictarle la dirección del Club 13.

Ahí estaba Shirley, la drag que Glen había conocido en alguna época, y se había trasladado a Mazatlán, persiguiendo a un hombre.

—Y el hombre ni tardó ni nada y me mandó a la chingada, pero yo me quedé —dijo, sirviendo tragos—. Quédense en mi casa. ¡Dios! ¡Qué buen cuerpo tiene esta hondureña! ¡Y sin silicón! —concluyó la mujer.

Estaban exhaustos.

Helena desapareció, de repente.

—¿Dónde andabas? —la cuestionó después Glen, histérico.

—Me gusta un chingo esta ciudad. Con ganas me quedaría aquí.

“Ya compré tu boleto, escucha bien la clave y anota, lo pides en la ventanilla y eso es todo... Tienes que salir hoy mismo de ahí”, fueron las indicaciones de Rojas en el teléfono. Luego llegó el pretexto justo (Shirley insistió en que se quedaran al último día de fiesta, para el concurso de Belleza Gay) y Helena tuvo una punzada en el estómago: todo parecía ir demasiado bien como para ser

cierto, tuvo miedo. Era ella quien debía arreglar su propia huida de Glen, y no podía demorarse.

—Te pondré como jurado, Glenda. ¿Te sigue gustando el látex? Vas a probarlo ahora. ¡Mmm, ese olor! ¡La sensación de estar aprisionada!

Glenda sacó su *stick* de maquillaje. Mientras pasaba el escándalo no podían seguir con caras largas. Aquella noche Glen volvió a transformarse en Glenda.

A Helena le gustaba Glen, facciones finas pero viriles: lo sabía cuando se acostaban juntos. Pero Glenda era la atractiva mujer de cuarenta, ahora con peluca rojiza, brillo en el cuello, tacones encaramados y ajustadores con goma que levantaban tetas y un culo que podía hacer dudar a cualquiera. Lo demás lo hacía su voz, provocadora y ambigua.

Salieron a las calles. Eso era el carnaval: euforia, exceso en lentejuela y diamantina esparcida por las calles.

11

Allá en el sur, las aves de carroña se arremolinaron sobre un montículo de tierra. Un adolescente fue quien dio aviso de aquel olor a muerto, el sábado por la mañana. En realidad, el caso de Julio Nazar era bastante anodino: estaba el auto, el cuerpo, pero si no había un indicio más, el caso se cerraría argumentando falta de pruebas, o se dictaría un

presunto asesinato en manos de presuntos delincuentes. Eso y el lenguaje burocrático del servicio judicial.

Estrella reconoció el cuerpo. La autopsia indicaba contusiones severas. A saber por la ausencia de sus objetos personales, podía deducirse un asalto. Pero lo demás, no coincidía. ¿Por qué el coche había aparecido en un sitio contrario a donde se halló el cadáver? En la playa no hubo testigos.

—Mi marido era candidato. Esto no fue un asalto, comandante. ¡Aquí ya es obvio!

Su marido ahora era eso: un bulto en proceso de putrefacción, un bulto verde que hedía y estaba húmedo.

—La política es así, señora: una cabeza rapada llena de cicatrices.

Luego, Estrella recibió la llamada de Rojas. Quiso acusarlo, pero sólo avisó que lo velarían esa misma noche.

Pensó Estrella en Rojas. Quería atar cabos. Compadre de mierda, asesinos del partido... La sangre se le subió a la cara. Exigiría seguimiento al caso, armaría un escándalo... Pero vio la camisa jodida del agente judicial, su dentadura sucia, y después imaginó lo que venía: el funeral, el agobio de la prensa, finalmente, una casa sola, sin hijos.

12

Llegaron al Club 13 otra vez, ahí sería el concurso. El dj hacía mezclas previas, los técnicos revisaban sonido

y rayos láser. En los tocadores, veinte drags se movían de aquí para allá: con tubos, alaciándose el cabello, maquillándose.

Helena debía huir esa misma noche. Aprovechó que Glenda ayudaba a las chicas. Se deslizó entre la multitud para salir.

Corría una brisa calurosa y salobre. A esas horas, la ciudad empezaba a llenarse de taxis que iban y venían por las calles; los coches subían el volumen, algunos se detenían en las esquinas porque habían empezado la fiesta antes y ya vomitaban, la gente se prendía a la avenida principal. Se escuchaba samba y de pronto aparecía una rumba o un grupo de reggae. Un sonido como de metralla asustó a todos, a Helena misma que ya estaba fuera, subía al taxi y se dirigía al aeropuerto. Pero el ruido no era más que un cañonazo con trozos diminutos plateados, la explosión multicolor emulaba una llama rota sobre la noche.

—¿Y por qué se va? Si esta noche es la mejor —inclinó el taxista, otro taxista, tantos taxistas en tan pocas horas.

—La verdad es que le tengo mucha envidia a la reina del carnaval.

Las luces de la ciudad fueron cediendo paso a una carretera inmensa con palmeras y pastos verdes a los costados, hasta llegar a la zona donde se oía el rumor de los aviones.

No todos los ilegales de la frontera sabían dónde comprar buenas réplicas de identificaciones oficiales. La suya era una buena. En la ventanilla le entregaron su boleto.

13

Primero, los diarios dedicaron la noticia de ocho columnas a la desaparición de Julio Nazar. Un día después, al cadáver hallado en la playa. Lo que pasó a continuación fue simple: no era la primera vez que pasaba un asunto de tan corrupta y evidente naturaleza. La ciudad fingió paralizarse; en un falso ejercicio de consternación, los titulares de las dependencias municipales giraron instrucciones para que se hiciera el sentido homenaje a “un ciudadano ejemplar cuya juventud, rectitud y compromiso eran sus más altas virtudes”. Lo mismo hizo el gobernador, aunque discreto hablara con Antero Rojas para preguntarle qué tan pronto pasaría todo, porque más de un columnista había lanzado indirectas y se hablaba de que Nazar era el elemento incómodo. Por supuesto, los gastos del funeral corrieron a cargo del erario.

Rojas permanecía nervioso. La segunda carta estaba también bajo la manga: ya Helena, antes de que ella y Glen huyeran, había dejado en el lugar indicado de su cuarto la cartera de Glen. Lo demás correspondió a Rojas: ir por la cartera, trasladarla él mismo al siguiente día del

asesinato —bolsa de plástico en mano para no dejar huellas— al sitio que Helena indicó, a una distancia considerable del montículo que ocultaba el cadáver.

—Todo está muy raro, pero las coincidencias existen —dijo un agente al abogado.

—La MP debe sentirse dichosa, pobre gente culera —sentenció Rojas, cuando los diarios exponían el seguimiento del caso: que, efectivamente, las identificaciones de la cartera correspondían al dueño del bar Bombay, y que, desde la noche anterior, la drag cuyo nombre verdadero era Genaro Arriaga, junto con una de las chicas, había desaparecido.

Era domingo. Con excepción de ese provocador dato, nada más había que esperar.

Rojas telefoneó a Estrella. La mujer estaba histérica, imposible. Aún estaban a la mitad. Se sentía nervioso, pero pensar en la candidatura lo hizo recobrar la calma. Leyó los diarios. Las opiniones estaban divididas. Se puso una camisa negra, había que tener respeto hacia los muertos, fue al entierro. La segunda parte del plan sería ésa: si todo salía bien, en cuanto Helena pudiera zafarse de Glen y diera aviso a la policía, las autoridades del lugar habrían de arrestar a Glen mientras Helena llegaba a Tijuana. La extinta promesa de la política local aparecería como víctima de un ajuste de cuentas, un lío de faldas y bajos fondos; el móvil, quién lo diría, un crimen

pasional. Rojas había calculado ya pruebas salidas de la nada. Declararía ante los reporteros su profundo desconcierto, lo lamentable del caso y la garantía de que él continuaría con la campaña.

En el panteón vio nubes grises agotando su carga líquida. Esperaba que de ahí en adelante el cielo estuviera despejado.

La semana transcurrió entre columnas y nota roja. Recibió la llamada del gobernador.

—¿Cómo vamos? Vete apurando.

Fue entonces cuando por fin recibió la llamada de Estrella informándole que, según las autoridades, “alguien” había denunciado: los asesinos estaban en Mazatlán y probablemente ya estaban detenidos.

“¿Dónde está la pinche Helena?”, preguntó Glenda, quien, vencida y ofuscada, de pronto cayó en la cuenta de que el ambiente confundía las siluetas, los nombres, los pasos. Shirley lo confirmó: el alboroto, el humo, la noche llena de luces.

La multitud de drags se arremolinó en los camerinos. A las diez en punto comenzó el show. Una entrada musical abrió la pista, las drags comenzaron el desfile. Se trataba de una mezcla de moda y lucha libre en la que iban

a combatir, bellas y feroces, por el título de Nuestra Belleza Gay.

Glenda permanecía en la mesa de jurado, nerviosa, con ganas de llorar y correr. Lucía como una madrota de pasado glorioso, pero con el rostro desencajado por la angustia. Algo pintaba mal y era que no veía a Helena por ninguna parte, ni en los camerinos, ni en los baños, ni en la barra, ni en las mesas cercanas a la pista. Y todo en cuestión de segundos. Estaba mareada por el Eternity y Chanel de imitación desprendidos de aquellos falsos cuerpos, también por los decibeles retumbando en las bocinas y los rayos láser disparándose sobre la oscuridad.

Se coronaba a la participante nueve, su título de belleza le era entregado, cuando en un arranque de desesperación Glenda salió para buscar a Helena. Por las calles sólo vio un tumulto de gente, basura y papeletas plateadas levantándose al paso de los autos.

Así fue. Alguien llamó otorgando los datos del Club 13, de la casa de Shirley. Exactamente ahí se dio cuenta de que la chica la había pillado.

—Tengo que huir —sentenció, pero ya era tarde.

La arrestaron ante el desconcierto de Shirley y las chicas que esa noche se quedaron con ellas.

Águila o sol. El recuerdo o el olvido. Veía la carretera de regreso. Hasta le estaba gustando la idea de quedarse en

Mazatlán. Glen, despojado de Glenda, no entendía nada, quizá no quería entender. Hay cosas que uno pierde, y otras que se encuentran en el camino, dijo al oficial de Sinaloa.

El parte policial y la carpeta de investigaciones se cerraron del modo menos sospechado por la gente del partido: lío de faldas.

La lengua de Glen era un lodazal. Declaró las razones del asesinato. Tenía derecho a un abogado; después de todo, lo habían hecho por defensa, venganza o lo que sea, el tal Nazar había golpeado a Helena. Pero Glen ya no estaba tan seguro. ¿La golpeó en verdad o me tendió una trampa?

Todo era ridículo, tan obvio: la chica la había traicionado. Y a la chica también la traicionarían, de eso estaba seguro. Duda de todo cuando ese todo esté saliendo demasiado bien.

—¿Va a llamar a algún abogado?

Glen rio.

Lío de faldas, decían los diarios que siguieron el caso del candidato Nazar con morbo, consternados porque se habría jurado que se trataba de una trepa para desaparecerlo de la escena.

Confesó Glen lo que sabía, lo que tenía que decir:

—Un día me llamó para decirme que el tipo la había golpeado. Sí, llegaba desde antes, llegó varias veces, pero empezó a ir con más frecuencia porque le gustaba Helena. De Honduras. De La Ceiba. No sé. Lo citó ella

para golpearlo. No sé cómo lo convenció. Yo le pedí que lo denunciáramos, pero él amenazó con deportarla y joderme a mí también. Lo matamos. Pero no era el plan. Nunca es el plan. Las cosas no son nunca lo que parecen. No se cuenta la historia desde el principio, sino desde el final, ¿no?

Estaba iracundo. Su voz seguía siendo mitad hombruna y mitad Glenda. Temblaba. Calló dejando en la sala un silencio incómodo, mientras el agente engullía su declaración como cerdo hambriento.

Después, en la celda, Glen recobró compostura. Deseó con fuerza saber algo de Helena. Si ella lo había acusado, estaba bien, pensó. “El único imbécil aquí he sido yo”.

15

Antero Rojas recuerda:

Helena era un par de labios hinchados parloteando a centímetros de la oreja de Nazar.

—No es un tipo duro, es honesto, del tipo de honestos que nos hacen peligrar. Eso aquí no sirve y se jodió —advirtió Rojas a Helena.

—Se nota, se nota que no es listo, de hecho, creo que en el fondo es un pendejo. Pero ¿y para qué lo candidatearon entonces si los iba a joder?

—Hay cosas que uno no controla.

Helena lo buscó varias veces: en las oficinas, en el celular, y Nazar fue cediendo.

—Ocúpate de lo que puedes ahorita y lo demás ya saldrá —advertía Rojas, ávido porque Helena estuviera cercana al siguiente paso.

—Ey, ¿y cómo voy a estar segura de que si me largo a Tijuana no me vas a meter un plomazo en la boca...? ¿Cómo estás seguro de que no te la puedo voltear? ¿Cómo nos aseguramos de que él no es tan pendejo y se da cuenta pronto?

—¿Cómo sabes que tu madrota Glenda te va a ayudar?

—¿Cómo sé que la poli no nos va a agarrar a mitad de camino?

—La poli es una mierda. Tampoco son muy listos que digamos.

—Otro favor: voy a necesitar que me des una buena madriza, que me des un navajazo en la cara. También necesito cocaína, un buen gramo de charly, para que aguante.

16

Llegó a Tijuana. En la sala esperaba un hombre gordo, de rostro escamoso. La condujo en silencio hasta la zona de Otay. Entró a la casa. Apenas la notó distraída, disparó. Afuera, las camionetas pasaban por la avenida. Helena ya no se subiría a ninguna.

17

Rojas pasó de la local a los clasificados. Le vino a la mente el cuerpo de la hondureña al leer las

Soy cariñosa, llama, te estoy esperando

anunciadas en blanco y negro. Se apretó el miembro con fuerza y experimentó un agudo pero placentero dolor. Al otro día visitó a Estrella, el cinismo, el mejor aliado, ni hablar. Se observaron como dos gatos montaraces que repentinamente se encuentran frente a frente en una azotea, con los pelos erizados, esperando cada uno el ataque del otro. La mente de Estrella estaba como cualquier calle de la ciudad: rota, levantada hacia todas las direcciones posibles. No podía creer lo que oyó en el penal. Su marido, definitivo y pese a todo, le daba asco. También Rojas.

—Afortunadamente cayó el culpable —espetó él.

Ella esbozó una sonrisa a medias:

—Toda aquí se está cayendo.

18

“No me pregunten por qué”, se titulaba la crónica de un periodista de sociales, haciendo alusión al caso de amor

y odio en el que se vio involucrado Julio Nazar, lo mal que terminó su nombre una vez que, después de hacer homenaje a su impecable trayectoria, ésta era enterrada por las declaraciones de un drag llamado Glenda, y una extranjera que permanecía aún prófuga.

Glen, en cambio, escuchaba la televisión a lo lejos, mientras trataba de dormir, sin conseguirlo.

La reina de la noche
la diosa del vudú
yo no podré salvarme
¿podrás salvarte tú?

Oía la letra de la canción, lejanamente. Era la televisión encendida, parecía sedante. Y Genaro, o Glen, o Glenda, apretó los labios, vio cómo la luz del televisor iluminó la oscuridad de los pasillos, e intentó cerrar los ojos, pero no pudo. Apareció develándose la imagen de Helena, igual a una fotografía sucia: imaginó aquella noche, y la chica ahí, con la mirada perdida y las bragas bajo la cama.

NOTICIA DEL TEXTO

La primera edición de *¿Te gusta el látex, cielo?* proviene del libro homónimo, publicado en 2008 por el Fondo Editorial Tierra Adentro del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA). Para *Novelas en la Frontera*, la autora revisó acuciosamente el texto de su obra y participó en el cuidado de la presente edición digital.

NADIA VILLAFUERTE
TRAZO BIOGRÁFICO

Nadia Villafuerte (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México, 1978) estudió música y periodismo. Sus libros son las colecciones de cuentos *Barcos en Houston* (2005), publicado en inglés en 2023 por Illinois State University, y *¿Te gusta el látex, cielo?* (2008), así como la novela *Por el lado salvaje* (2011). Su trabajo de ficción está incluido en las antologías *México 20: New Voices, Old Traditions* (Pushkin Press, 2015) y *Palabras mayores, nueva narrativa mexicana* (Malpaso Ediciones, 2015), entre otras. Sus cuentos y ensayos han sido publicados en Colombia, México, Cuba, Argentina, España y Estados Unidos. Villafuerte realizó un máster en Escritura Creativa en la Universidad de Nueva York (NYU), donde actualmente enseña y termina sus estudios doctorales en el departamento de Español y Portugués.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez

Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo

Jiménez Aguirre • Elif Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alan Cabrera



¿Te gusta el látex, cielo? se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 12 de octubre de 2023. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de JOSHUA CÓRDOVA. La edición estuvo al cuidado de BRAULIO AGUILAR.